

Reseña de Libro: “Mujeres en el Mundo. Historia, retos y movimientos” de Mary Nash
NASH, Mary (2004). *Mujeres en el mundo. Historia, retos y movimientos*. Madrid, Alianza.
Elaborada por: José Guillermo García Chourio *

Uno de los movimientos sociales más significativos que irrumpen en la modernidad es sin duda el Feminismo. Los infinitos discursos y praxis ejercidas por este movimiento con la finalidad de conquistar, en principio la ciudadanía de la mujer y posteriormente la ampliación de mayores límites de actuación de ella dentro del espacio democrático, ha debido enfrentar las bases de legitimidad que han sustentado históricamente la dominación masculina. En este sentido, la obra de Mary Nash: “Mujeres en el Mundo. Historia, retos y movimientos”, viene a ser muy un análisis en clave historiográfica del vasto y complejo ámbito del movimiento de mujeres, donde la autora reconoce las múltiples orientaciones del mismo a partir de tener en cuenta las particularidades del contexto social, político y cultural en el que se desarrollaron las diversas formas de actuación de las mujeres, dirigidas a transformar las fuentes constitutivas de su subordinación.

En un esfuerzo historiográfico, que encierra más de dos siglos de lucha de las mujeres por superar la subalternidad femenina, esta pionera a nivel mundial en el estudio del Feminismo, subraya el papel de la mujer como agente de cambio social, la cual se ha valido de las más diversas estrategias para romper o reapropiarse del discurso hegemónico del patriarcado, que como rasgo básico de la cultura occidental moderna ha moldeado las estructuras básicas de reproducción de dicha subalternidad. Bajo una muestra significativa de las principales estrategias puestas en práctica por diferentes colectivos de mujeres en el mundo, la obra supera la trampa de una visión victimista de la mujer que muchas veces encierran los relatos feministas, donde se cultiva una explicación simplista de la mujer como fuente reproductora de su propia dominación, en vista al efecto desmovilizador que supuestamente genera la exclusión y la violencia de sexo y género.

La autora destaca como la tradicional diferencia de sexos, en un principio constituida sobre argumentos naturales y religiosos, derivó a partir de la Modernidad en otra de las divisiones sociales surgidas bajo el imperio de la razón: la diferencia de género, en donde el expediente de las Ciencias, secularizó una división desigual entre hombres y mujeres, sin desplazar las ideas tradicionales, sino más bien complementándolas y reforzándolas, con lo cual se edificó una legitimidad bajo una triada argumentativa planteada como incuestionable, que se convirtió en un potente recurso para la construcción de mecanismos culturales que consolidarían una compleja mentalidad patriarcal de subordinación de las mujeres tanto en plano informal como formal. De esta manera, la función de la mujer en la sociedad quedaría establecida dentro los límites de la familia, en cuanto que esposa y madre, significando su confinamiento a lo doméstico y privado, así como su muerte civil a partir del matrimonio.

* Sociólogo. Magíster en Ciencia Política. Magíster Scientiarium en Gerencia Pública. DEA en Gobierno y Administración Pública. Candidato a Doctor Historia Social y Política. Investigador acreditado en el Programa de Promoción a la Investigación (PPI) del Ministerio de Ciencia y Tecnología de Venezuela. Profesor de la Universidad Católica Cecilio Acosta y de la Universidad del Zulia en las áreas de gestión pública y métodos de investigación. E-Mail: jggarcia@unica.edu.ve

Previo al análisis historiográfico de los movimientos de mujeres, en la obra se establece una prevención conceptual sobre el término Feminismo, siendo importante destacar como el carácter plural que la autora le otorga a la construcción del discurso feminista a partir de su contexto histórico, conlleva a plantear dicho concepto como nada homogéneo, viéndose este matizado por los más diversos significados, muchas veces opuestos entre sí, pero donde el referente básico en medio de la diversidad de sentidos lo representa el cuestionamiento por alguna vía del régimen de patriarcado. Bien sea en el plano de la igualdad de sexos, en el de la diferencia de género o en una combinación de ambas nociones, los feminismos han perseguido el reconocimiento de la individualidad de la mujer como requisito básico para el ejercicio pleno de la ciudadanía.

Bajo el precavido argumento de señalar que las raíces del cuestionamiento sobre la desigualdad y discriminación de la mujer tienen mayor edad, Nash sitúa la aparición del movimiento de mujeres en clave feminista a finales del siglo XIX, el cual adquirió una connotación política muy propia de los diversos movimientos que surgieron al amparo de la Modernidad. La toma de conciencia de las mujeres sobre su estado de subalternidad y exclusión se produce, en primer lugar, en el terreno de los derechos políticos y civiles, a partir de poner en tela de juicio un marco institucional que delimitó los ámbitos de actuación de la mujer en la esfera de lo privado, negándole su reconocimiento como sujeto portador de derechos políticos. La crítica que se iba articulando desde las más diversas posiciones de mujeres emblemáticas que representaron el llamado “feminismo histórico” estaba dirigida hacia un sistema jurídico de dominio masculino que regulaba la conducta femenina, donde el poder del patriarcado era ejercido desde el propio Estado.

En base al cuestionamiento del Estado como ente que legislaba y promovía un sistema jurídico que perpetuaba la subordinación de la mujer, el principal móvil en la lucha por sus derechos políticos y civiles durante la primera mitad del siglo XX, residió en la conquista del sufragio, con lo cual el argumento sobre el que se articulaba todo el discurso a favor o en contra de ampliar los límites de la ciudadanía femenina era la igualdad. Durante ese período, considerado por Nash como “la primera ola” del movimiento feminista contemporáneo, es significativo entrever de manera implícita en la obra, el carácter de “empresarios políticos” que tuvieron mujeres de los sectores medios y altos para construir un discurso emancipador y articularlo en torno a un colectivo de mujeres que reivindicaban un espacio en la sociedad mediante el ejercicio del voto.

A pesar de los esfuerzos de la autora por exponer una contribución equitativa de las mujeres de los más diversos estratos sociales, en el logro de ciertos derechos durante esta etapa del movimiento feminista, la obra revela a luz de los planteamientos de Olsen como los recursos organizativos y la absorción de los costos de las acciones estaban principalmente en manos de mujeres pertenecientes a niveles altos de la sociedad, entendido en gran parte por el acceso que tuvieron estas a la educación. En este aspecto, Nash más allá de anunciar que “los movimientos feministas y sufragistas estuvieron dirigidos por mujeres de procedencia burguesa que representaron la piedra angular de su asociacionismo” (Pág. 90), no se detiene en una explicación detallada de esta situación. Su interés en construir un protagonismo colectivo de las mujeres de diversos sectores sociales y de pensamiento sobre la causa

feminista, la lleva más por el camino de resaltar el carácter integrador que en última instancia tenía la lucha por el voto entre los más diversos colectivos de mujeres, pese a las profundas divisiones sociales de la época, las cuales añadían un elemento de mayor complejidad al proceso de lucha, donde en muchas oportunidades las reivindicaciones de los grupos feministas en favor de los derechos políticos de las mujeres eran en su discurso y acción totalmente contrarios.

A lo largo del libro, Nash muestra como los antagonismos a lo interno de los distintos movimientos de mujeres dan cuenta de los múltiples referentes sobre los cuales se construía el discurso y la estrategia emancipadora, que en rigor estaban orientados por un fin común a todos: la individualidad de la mujer. En Europa, las diferencias sociales y la lucha interclasista fue factor fundamental en el calificativo de burgués que el movimiento obrero le otorgó al feminismo de la época, con lo cual los movimientos de mujeres trabajadoras quedaron supeditados a la lucha de clases. La igualdad como vector principal en el discurso feminista imprimió una lógica que giraba tanto sobre la condición material como sexual de la mujer, siendo para algunos sectores del movimiento más prioritario transformar el régimen de propiedad de la estructura productiva, mientras que para otros era de mayor importancia acabar con el esquema de prerrogativas sexuales que tenían los hombres, donde asuntos como la doble moral masculina y la prostitución, que otorgaban una condición de minusvalía a la mujer, se convertían en los principales frentes de lucha.

La obra también destaca otras centralidades que el discurso feminista tuvo fuera del contexto europeo, como es el caso de los Estados Unidos, donde la lucha estuvo vinculada con el abolicionismo esclavista y un reformismo religioso en clave de pureza moral, movimientos que siendo igualmente de raíz burguesa, lograron agregar a otros sectores sociales avocados a la abolición de la esclavitud y a la escolarización femenina mediante la educación cristiana de corte protestante. En cuanto a Latinoamérica, las bases del movimiento durante la primera ola del feminismo tuvieron también en algunas latitudes un origen burgués, que incluía además, las primeras manifestaciones de un discurso diferencial de género a partir de cierto maternalismo social y de fuerza moral, como base para la construcción de orden social que fomentara el progreso. No obstante, en el otro extremo, Nash también registra de manera aguda como al sur del continente se fue gestando un “contrafeminismo” de origen anarquista, que cuestionaba el carácter clasista del feminismo y apostaba más bien por liberación de la mujer mediante una educación racional y libre.

Otro aspecto muy significativo que destaca Nash, es como los antagonismos entre los diversos discursos del feminismo occidental pasaron a un segundo plano en los países en conflicto durante las dos guerras mundiales. El discurso nacionalista que se activa en estos contextos frente a un enemigo externo, coadyuvó a una cierta convergencia en torno al papel de la mujer durante y después de la guerra. Dichas circunstancias fueron propicias para el desarrollo de un sistema diferencial de género, donde algunos sectores del feminismo apostaron por un discurso pacifista, en base a reapropiarse de la tradicional imagen de la mujer como un ser centrado en el amor y en la compasión. Por otro lado, las bajas en los frentes de batalla, representaron en sí una disminución de la población, que puso en el tapete de las sociedades a partir de las postguerras la importancia vital que tenía para el repoblamiento la función reproductora de la mujer, situación que fue aprovechada por algunos

movimientos feministas para reinventar el excluyente discurso del maternalismo social y de esta manera reivindicar el papel de la mujer como sujeto activo y transformador de la sociedad.

La lucha iniciada por los movimientos de mujeres en la conquista de su ciudadanía mediante el ejercicio del voto, encontró durante los dos guerras mundiales una “estructura de oportunidad política” para alcanzar dicho objetivo. La exclusión de las mujeres como sujetos políticos a partir de un concepto de ciudadanía limitado sólo a los hombres y que, por ende, fijaba los avances de la democratización del sistema político sobre la base de la ampliación de dicho derecho en el conjunto de los varones, perdió sentido ante el destacado papel de la mujer en la guerra. En este sentido, subraya Nash como en el período de entre guerras y posterior a la segunda guerra, se abrió un pequeño espacio de reconocimiento político de la mujer a través de la progresiva concesión en varios países del sufragio femenino, logro que, no obstante, se convirtió en factor que atenuó la actividad de un amplio sector del feminismo, que siempre asoció básicamente la emancipación de la mujer con la obtención del voto, como fue el caso de la sufragistas.

Dentro de su análisis historiográfico, la autora identifica como a partir de la conquista del voto en varios países, el movimiento de mujeres pierde fuerza a partir de la desarticulación que genera el logro del principal objetivo al que habían quedado supeditadas las demás reivindicaciones de muchos colectivos feministas. De esta manera, comienza un repliegue de la mujer al mundo de lo privado, marcándose así el fin de la primera ola del feminismo, donde factores como los procesos de modernización y de movilidad social, así como la irrupción de gobiernos militares en Iberoamérica, atomizó la actividad feminista al punto de relegar al olvido durante gran parte de mediados del siglo XX, mucho del repertorio de demandas, sus estrategias de lucha y a sus principales precursoras. Durante este período de sombra del feminismo, la obra destaca como se reforzaron los dispositivos culturales que han perpetuado la subalternidad de la mujer, fijándose una renovada división social de género sobre la base de una domesticidad en la que tecnología tiene un papel central en la construcción del papel de la mujer en el hogar, muy a pesar del aumento del trabajo femenino.

En la obra de Nash se hace visible como el desarrollo del Estado Social de Bienestar, mediante la ampliación de los servicios educativos y sanitarios, es un factor importante en la gestación de una nueva etapa del movimiento de mujeres ya finales de 1960, donde la progresiva incorporación de la mujer al mundo del trabajo, no sólo rescata el tema de la igualdad de derechos ante los hombres, ahora también en el plano económico, sino que pone en primer orden el tema de la libertad. Un aspecto igualmente significativo que expone el libro, es como la Ciencia, que en un principio y bajo una visión eugénica secularizó la maternidad como fin último de la mujer, posteriormente se convirtió en un arma a partir de cual los nuevos movimientos feministas reclamaron el derecho de la mujer al control de su propio cuerpo, centrando la lucha durante los primeros años en el tema de los anticonceptivos y la planificación familiar, hasta pasar en las últimas décadas del siglo XX en el polémico asunto del aborto.

Los principios de libertad y autonomía con que resurge el movimiento feminista ha de situar la lucha más en el terreno de la diferencia de género. El cuestionamiento de una estructura

social que reduce las especificidades de los diversos colectivos sociales, y por ende, de sus demandas, viene a ser rasgo básico del conjunto de movimientos sociales que se desarrollan en medio de la euforia contestataria que dejó a su paso el Mayo Francés. En estas circunstancias, Nash da cuenta de un feminismo, el cual tiene una base social de alto componente medio, menos jerarquizado y organizado bajo redes informales, las cuales se caracterizan por estrategias de gran radicalidad, que cuestionan el orden establecido como modelo reproductor de un sistema autoritario de género que no respeta la diferencia. A partir de tener en cuenta que el ejercicio de la ciudadanía bajo el precepto liberal se desarrolla en el espacio público, su discurso estuvo orientado a hacer público lo privado, mostrando como asuntos de naturaleza pública la violencia sexual y doméstica.

Entre otros de los rasgos de llamado Movimiento de Liberación de Mujeres, bajo el que se inaugura la segunda ola del feminismo occidental contemporáneo, se encuentra la reorientación hacia lo íntimo y privado, donde más que señalar al Estado y sus instituciones como agentes opresores de la realización femenina, se identifica al hombre propio, situación no consciente por la mayoría de las mujeres. En esa toma de conciencia que movilizó a colectivos feministas, es significativo el impacto de toda literatura generada por mujeres que habían alcanzado un alto grado de intelectualidad, las cuales denunciaban la enorme capilaridad social de la subalternidad femenina. La traducción de ese discurso en praxis, es descrita por Nash de manera bastante sugerente. Su doble papel de historiadora y protagonista de una realidad, relata momentos dentro del movimiento feminista en que se desarrollaban grupos de concienciación, donde a partir de la estrategia de establecer vínculos en torno a experiencias similares de violencia y opresión sufridas por las mujeres, se buscaba construir un referente común que permitiera la generación de una identidad colectiva.

También la estrategia de banalizar el discurso intelectual, de manera de hacerlo llegar a un mayor número de mujeres, mediante el uso de la propaganda y la edición de periódicos de corte feminista, es señalada por la autora como un mecanismo que buscaba construir afinidad entre las mujeres. A pesar del carácter localizado que tenían las diversas iniciativas de los colectivos feministas, fue posible el desarrollo de ciertas organizaciones de alcance nacional e internacional orientadas a difundir la subalternidad de la mujer, muchas de las cuales han perdurado en el tiempo, mientras otras han desaparecido, siendo esto último un indicador de lo efímero o intermitente que tienen estos movimientos. En este sentido, a lo largo de la obra, es recurrente observar como la pérdida de intensidad de las acciones guiadas por los colectivos feministas, está relacionada a divisiones internas, dimisión o salida de sus principales representantes, retiro de apoyos de fuerzas externas al grupo y en un último caso, al alcance de los objetivos perseguidos.

Sobre dicha lógica de auge y desaparición de colectivos feministas tanto en Occidente como en el resto del mundo, Nash se adentra en las últimas décadas de siglo XX, haciendo una contribución en la historiografía de los movimientos sociales, y en especial del movimiento feminista, al dar cuenta de la dinámica de lucha en contra de la dominación masculina en los países árabes y en aquellos que tienen un legado como colonias de los antiguos imperios europeos. Ya en una visión más etnográfica, plantea las complejidades de la lucha de las mujeres en dichas latitudes, donde los códigos culturales dominantes, los cuales sitúan a la cultura occidental como la otredad, generan un cuestionamiento que adquiere un carácter dual

hacia los mecanismos opresores: en unos, la homogenización cultural desde Occidente y el dogmatismo musulmán y en otros, el legado colonial y el patriarcado. Tales situaciones, analizadas por la autora con el ánimo de señalar los límites de un feminismo de corte universal, y de esta manera descartar su presunción, también es una excelente muestra de como debemos abordar las trayectorias históricas de los fenómenos sociales desde la óptica de la diversidad y evitando a toda costa el intento reduccionista de forzar un análisis en base categorías consideradas de gran alcance explicativo.